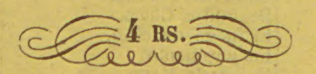
CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA

DE

D. JOSÉ GARCIA DE SOLÍS.

NO SIEMPRE LO BUENO ES BUENO.



MADRID:

LIBRERÍA DE CUESTA
calle de Carretas, núm. 9.

OFICINA DEL CÍRCULO
Lope de Vega, 26, principal.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, NUM. 29.

1862.

CATALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crímen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristóbal Colon.
Un hombre de Estado.
El primer Giron.
El tesoro del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el Ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.
Frutos amargos.
La batalla de Lepanto.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien más mira ménos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la Córte.
¡Mejor es creer!
Los órganos de Móstoles.
La escuela de los ministros.
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la Reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marquesa.
La pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la moda.
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le da hijos...
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna

NO SIEMPRE LO BUENO ES BUENO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

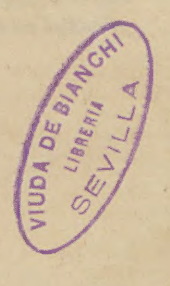
D. LUIS DE LOMA Y CORRADI.

Representada con aplauso en el Teatro del Príncipe la noche del 23 de Febrero de 1853.

REFUNDIDA POR SU AUTOR.

TERCERA EDICION.





N.º 206.

MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.
1862.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELA..	D.ª Juana Samaniego.
DOLORES.	Mariana Chafino.
ENRIQUE.	D. Calisto Boldun.
DON LUIS..	Francisco Oltra.
DON PABLO.	Pedro Lopez.

La escena es en Madrid en casa de don Pablo.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de don Pablo: puerta en el fondo y un balcon: á la derecha una puerta que se supone comunicar con un jardin: á la izquierda otra que debe dar entrada al cuarto de Adela y á otras habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS.—DON PABLO.

PABLO. Hay tal porfía! Es posible,
que ahora salgamos con eso?
LUIS. Te digo que es la verdad.
PABLO. Te digo que eres un necio.
LUIS. Seré todo lo que quieras;
mas puedes tener por cierto
que contra su voluntad
no seré nunca tu yerno.
Sabes que quiero á tu hija
con delirio, con extremo;
mas violentarla á que sea
mi esposa, Pablo, no quiero.
~~Además ella es muy niña,~~
y yo, amigo, soy un viejo
de cuarenta y cinco años.
PABLO. No tienes tanto.
LUIS. En Febrero
los cumpliré, si Dios quiere.

Puedo ser su padre.

PABLO. Y eso,
qué importa?

LUIS. Qué importa? Nada:
quiero decirte que encuentro
muy natural que tu hija
en mí no ponga su afecto.

PABLO. Pero, por qué? qué razones
tienes, Luis, para creerlo?
No hace seis dias que estabas
anhelando por momentos
casarte?

LUIS. Es verdad.

PABLO. Y bien,
á qué hacer esos extremos,
á qué viene esa mudanza,
á qué esas niñadas?

LUIS. Tengo
razones muy poderosas
para creer...

PABLO. Lo que creo
yo, es que te has vuelto loco,
que estás soñando.

LUIS. No sueño.

PABLO. Hace, Luis, cuarenta años
que me conoces, lo ménos.
Los dos éramos entonces
dos vichos, dos arrapiezos...

LUIS. No; tú eras ya grandecito.

PABLO. Bien; algo mas...

LUIS. Oh! me acuerdo
perfectamente: diez años
de diferencia tenemos.

PABLO. Pero no es ese el asunto;
lo exactísimo, lo cierto,
es que hemos vivido juntos,
que los dos en un colegio
nos educamos, y en fin,
que ambos dedicados luego
á una misma cosa, ambos
fuimos prosperando á un tiempo.
Viviendo cual dos hermanos,

ni el disgusto más pequeño
turbó jamás nuestra union;
y un dia en que los recuerdos
de la niñez evocábamos,
tú, poniéndote muy sério,
me digiste: escucha, Pablo,
si hasta aquí tan compañeros
fuimos, para que nos unan
vínculos de parentesco,
si accedes me casaré
con tu hija, y viviremos
siempre unidos: tal propuesta
me encantó, te lo confieso,
y la prueba es que quedamos
convenidos al momento.

LUIS. Es verdad, Pablo, y en todo
cuanto me has dicho concedo.
Mas sabes soy aprensivo,
delicado con extremo...
y he visto...

PABLO. Cómo! Mi hija
acaso?...

LUIS. Qué!... nada de eso.
(No le diré lo que pasa.)
Digo que he visto despego
de parte de Adela... en fin,
un no sé qué...

PABLO. Bah! Volvemos
otra vez? En suma, quieres
casarte ó no?

LUIS. Ya veremos.
Pero calla, porque viene
Adela hácia acá, y...

PABLO. Te dejo
solo con ella, pues yo
me voy á ver á don Pedro
para informarme si marcha
la eleccion de ayuntamiento.
Conque adios... y deja á un lado
necedades y rodeos:
explícate ahora con ella
claramente, y te prometo

que ha de ser el resultado
muy feliz.
(*Apretándole la mano.*)

LUIS. Adios... lo creo.

ESCENA II.

LUIS.

Nada he querido decirle;
callaré, sí, que no es justo
que tenga el pobre un disgusto
por mi causa; á qué afligirle?
Si tú supieras, buen Pablo,
que con bien siniestro fin
por la puerta del jardin
se mete en tu casa el diablo!
Tan buena es su condicion
que tal vez no lo creyera...
Oh candidez!

ESCENA III.

EL MISMO.—ADELA.

Esta última sale de su cuarto con un libro en la mano sin reparar en don Luis.

ADELA. (*Leyendo*) «Tente!... espera!...
Ya no hay tiempo!... maldicion!»
LUIS. Qué es eso? ¿Qué pasa?
ADELA. (*Sorprendida.*) Ah!
usted aquí?...
LUIS. Sí; soy yo.

Acaso estás mala?

ADELA. No.

Leia este drama.

LUIS. Ya!

ADELA. Es tan bello!

LUIS. Pues, un drama romántico, eh?

ADELA. Le plugo hacerle así á Victor Hugo, de grande efecto... Se llama...

LUIS. (*Interrumpiéndola sin poder reprimir el disgusto que le produce el lenguaje de Adela.*)
Dí, Adela, quién te inspiró
tan grande romanticismo?
De tan necio fanatismo,
quién el camino te abrió?

ADELA. (*Indignada.*)
Qué dijo usted!

LUIS. La verdad.

ADELA. Qué sacrilegio! Qué horror!
Llamar á tanto primor
fanatismo y necedad!

LUIS. Pues bien, diré que es muy bello;
pero... quieres contestarme?

ADELA. Mi aficion me hizo lanzarme
con fe... con.

LUIS. Ya caigo en ello!...
Conque tu aficion?... mas dí:
cómo tan pronto te entró
cuando antes eras?...

ADELA. Oh!... yo...

LUIS. Tan alegre, tan...

ADELA. Oh!... sí...

LUIS. Y no me desmentirás
que hasta hace poco, maldito
si te importaron un pito
los dramas de Satanás.
Tus bellas inclinaciones,
qué se hicieron?... y los dias
en que tranquila vivias
sin versos y sin canciones?
Será enfermedad que habrás

L. R. ... R.

adquirido, repentina,
tu aficion á la doctrina
de Víctor Hugo y Dumas?

ADELA. (*Con viveza.*)
Oh! tambien admiro ciega
á Espronceda y á Zorrilla...

LUIS. (Por vida de la chiquilla!)

ADELA. Y á Ventura de la Vega.

LUIS. (Pues es que está entusiamada
de un modo atroz!) Adelante!...
Vamos!... (La ha puesto el tunante
la cabeza trastornada.)
Oye: y me quieres decir
por dónde te has agenciado
libros, y...

ADELA. Los he comprado.

LUIS. (Hoy sabe ya hasta mentir.)

ADELA. (Cielos! si sospechará
mi padrino? Investiguemos.)
Lo duda usted?

LUIS. (Evitemos
que sospche). Yo... no.

ADELA. Ah!
Como le ví á usted mover
la cabeza!...

LUIS. Fué aprension,
ó al ménos sin intencion
lo haria... No puede ser
dudar de tí; y si llegara
ese caso, la influencia
mágica de tu inocencia
bien pronto me desarmara.
Mas sabes cuán tierno anhelo
me inspiras... (Tengamos maña,)
y esa pasion tan extraña
temo oscurezca ese cielo.
Tu hermosa tez palidece;
tus flores van siendo abrojos:
la viva luz de tus ojos
se eclipsa, y desaparece;
y al verte yo, Adela mia,
casi al borde de un abismo,

maldigo el romanticismo,
detesto la poesía.

ADELA. (Respiro, que nada sabe;
su amor es quien le hace hablar.)

LUIS. Y esto me puede arrastrar...

ADELA. Cómo! al suicidio?

LUIS. Quién sabe.

(Desventurada! es á fe
su capricho pertinaz.)

ADELA. Y seria usted capaz?
(*Con desden.*)
Oh!... no lo creo...

LUIS. Y por qué?
Seré yo insensible? dime.

ADELA. (*Con desden.*)
Usted no tiene pasiones
ardientes, ni sensaciones:
es usted poco sublime.

LUIS. Conque me quieres decir
no simpatizo contigo?
Pues bien, Adela, te digo
que mi vista has de sufrir.
No me amas, verdad? pues bien;
no importa: ten entendido
ser mi esposa has ofrecido:
luego hablaré yo...

ADELA. (*Asustada.*) Con quién?...

LUIS. Con tu padre, y ya veremos
quieras ó no si te casas.

ADELA. Dios mio!... yo estoy en brasas!...
(*Con desesperacion.*)
Maldicion!

LUIS. Esas tenemos?
Oh! que pronto se acalora
la señorita!...

ADELA. Padrino,
querrá usté hacer mi destino
lúgubre, atroz?...

LUIS. Sí, señora.

ADELA. (*Con amargo despecho.*)
Pues bien; si víctima dél
llego á ser bajo tal yugo,

nadie será mi verdugo
sino vos, hombre cruel!

LUIS. Conque eso quiere decir
que *vos*, romántico ser,
antes que ser mi mujer
prefeririais...

ADELA. Morir!

LUIS. Otra estás hace tres dias.

ADELA. El tiempo que há, no es del caso.

LUIS. Sí tal; leiste tú acaso
jamás, unas poesías?
No es natural ese afan,
nunca te dió por ahí.

ADELA. (*Con arrogancia y convencimiento.*)
Pues sepa usted que nací
para ser un Jorge Sand.
(Así me lo ha dicho Enrique
y yo en su dicho me fundo.)

LUIS. Pero no temes que el mundo
te censure y te critique?

ADELA. El mundo!... Yo le desprecio.

LUIS. (Esto ya es intolerable!)

ADELA. Hay nada más detestable
que el mundo estúpido y necio?

LUIS. (Te ruego, Dios, que me ampares!)

ADELA. El mundo! Voluble rueda!
Temer al mundo se queda
para las almas vulgares.

LUIS. Mucho tu vuelo elevaste.

ADELA. (*Con descaro.*)
Cuanto pude, y cuanto quise.

LUIS. Cuidado que no te pise
el mundo á quien despreciaste.

ADELA. Bien: eso á usted no atañe,
tengo padre...

LUIS. Y bien?...

ADELA. No quiero
tener un ayo severo
que me aceche y me regañe.

LUIS. Y qué me quieres decir...

ADELA. Que todo se ha concluido;
que no ha de ser mi marido

quien no sabe ni escribir.
Y sobre todo, quien es
prosáico, insensible, frio...

Luis. Pero Dios mio, Dios mio!
impunemente esto ves?

Adela. (*Con insolente resolucion.*)
Lo dije aunque no le cuadre:
mi franqueza era precisa:
ahora, en ir dése usted prisa
á delatarme á mi padre;
pero...

Luis. (Funesta demencia!)

Adela. Sepa para su gobierno,
que ni él, ni usted... ni el infierno,
podrán hacerme violencia!
(*Vase precipitadamente.*)

ESCENA IV.

LUIS.

Vete, desdichada, sí;
que ya, por lo que á mi toca,
cómo te volvieron loca,
aunque tarde, conocí.
Oh! Con qué facilidad
la inocencia se sorprende
en los lazos que la tiende
la seduccion, la maldad!
Mas no fué poca fortuna
sorprender tan graves males
antes que fuesen fatales
sus consecuencias; alguna
maña tendré que emplear;
mas todo lo venceré,
y al cabo conseguiré
de esa locura triunfar.
Alguien viene: menester

será, pues llegó la hora,
de ponerse en liza: ahora
cumplamos nuestro deber.
(*Vase.*)

ESCENA V.

DOLORES examinando cuidadosamente la habitacion.

Pues señor, nadie hay: ahora
que el amo y don Luis salieron
pondremos en el balcon
el convenido telégrafo.
(*Se dirige al balcon y ata un pañuelo á uno de sus hierros.*)
Pobres amantes! Bien cortos
son los ansiados momentos
en que pueden entregarse
con libertad á su afecto;
y, vaya! de algunos dias
á esta parte, tienen tiempo
de hablar hasta por los codos,
de cantar y de hacer versos;
y qué cosas tan bonitas
que hacen y dicen! Bah! esto
se llama tener un novio:
tan sentimental! tan bueno!
Voy tomando una aficion
á sus maneras, y siento
una cosa tan extraña
cuando entre suspiros tiernos
les oigo hablar del amor,
del puñal y del veneno,
que he perdido la costumbre
de ir á la Vírgen del Puerto,
porque es vulgar y *prosáico*
segun lo que dicen ellos.
Luego, como don Enrique

usa de otros argumentos
tan poderosos!—No hay dia
que no me traiga un pañuelo,
ó una peseta ó sortijas
de *doublé* con camafeo.
Qué sé yo! con tantas cosas
de resistirle no hay medio.
Eh! ya está aquí.

ESCENA VI.

LA MISMA.—ENRIQUE, por la puerta del jardin.

DOLORES. Don Enrique.
ENRIQUE. Adios, Dolores: me alegro
que estés sola: me precisa
comunicarte mi proyecto.
DOLORES. Puede usted hablar; y ya sabe
que si servir de algo puedo...
ENRIQUE. Oh! En esta ocasion de mucho,
y tu ayuda es la que quiero.
DOLORES. Sí? Pues cuente usted con ella.
ENRIQUE. Me lo juras?
DOLORES. Lo prometo.
ENRIQUE. No; júralo, es muy vulgar
prometer; los juramentos
son siempre grandes, sublimes.
DOLORES. (*Con énfasis.*)
Pues... lo juro!
ENRIQUE. Bravo!
DOLORES. Pero...
ENRIQUE. Ya lo juraste: ahora, escucha.
DOLORES. Ya escucho á usted.
ENRIQUE. (*Con precaucion, y estudiando el efecto que producen sus palabras en Dolores.*)
Es mi intento...
robar á Adela y llevarla...
DOLORES. Qué dice usted? Santo cielo!

ENRIQUE. No te asustes: te diré
mi bello plan por completo.

DOLORES. Pero por Dios!

ENRIQUE. Bah! Lolilla;
escucha y no tengas miedo
que no es para tanto el caso,
y á tí te conviene...

DOLORES. Pero...

ENRIQUE. Qué pero ni qué camuesa!
todo lo tengo dispuesto
para la fuga; mas antes
preciso es que trabajemos
para que salga á medida
de mi vehemente deseo.
Por supuesto que vendrás
con nosotros, y pues dices
que tanto quieres á Roque,
serás su mujer, y...

DOLORES. Cielos!
su mujer? Cómo!...

ENRIQUE. Verás:
él viene tambien, y luego
que de esta casa maldita
nos encontremos muy lejos,
se harán las dos bodas: eh?
Qué tal? te parece bueno?

DOLORES. Y si nos cogen?

ENRIQUE. Qué! tonta!
por ventura soy yo lerdo?
Cuando yo salga, despues
de hablar á Adela un momento,
la llamas, y en tono triste,
con aire de gran misterio,
la dices que has escuchado
entre el padrino y el viejo
una atroz conversacion
de resultados tremendos
para ella: que decian
que esta noche en el silencio
con don Luis la casarian
á la fuerza, sin remedio.

DOLORES. Santo Dios!

ENRIQUE. Y que si acaso
no sirviesen sus esfuerzos,
hoy mismo la llevarian
á un retirado convento
sesenta leguas de aquí.

DOLORES. Pero, señor, este enredo,
la señorita es posible
no crea...

ENRIQUE. No ha de creerlo?

DOLORES. Jesus, Dios mio! A tal cosa,
la verdad, yo... no me atrevo.

ENRIQUE. Aun exijo más de tí:
es el caso... que... me encuentro
algo apurado de fondos...
no ha vencido el cumplimiento
de ciertas letras... en fin,
que necesito dinero...
y espero que tú...

DOLORES. Dios mio!

ENRIQUE. Prestes ayuda á mi ingenio.
Para ello... ayer... tomé
medida... del agujero
del cajon .. de la gaveta
de don Pablo...

DOLORES. (*Con horror.*) Hombre perverso!
Qué dice usted?

ENRIQUE. Lo que oyes.
Es fuerza...

DOLORES. (Disimulemos:
Yo le aseguro que todo
Lo sabrá don Pablo presto.)

ENRIQUE. Consientes?

DOLORES. Y bien, qué exige
usted de mí?

ENRIQUE. Que en silencio
saques tú con esta llave
el trigo de su granero;
tú sales con él de casa,
y aguardas en el crucero
de la calle. Hé aquí dos llaves:
la chica es la del dinero,
la grande la de la puerta

del jardin: toma y á ello.

DOLORES. (*Suplicante.*)
Don Enrique!

ENRIQUE. Habla á la niña
al alma; mas vé con tiento
no se te escape decirla
lo de la gaveta: creo
no necesito advertirte
nada más, y sin recelo
descanso en tí.

DOLORES. Usté me pierde.

ENRIQUE. Qué! Muchacha! Nada de eso.
Dentro de una hora... adios...
Discrecion, tacto... y silencio!

DOLORES. Bien, don Enrique: ay Dios mio!
solo por usted...

ENRIQUE. Que el tiempo
corre.

DOLORES. Si, sí; (yo le juro
que, pues los ojos me ha abierto,
don Pablo lo sabrá todo.)

ENRIQUE. Qué esperas, Lola?

DOLORES. Ya vuelvo.
(*Vase.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE.

Bravo! Triunfé! Bella suerte
La fortuna me depara!
Me admira mi habilidad,
mi tacto... Pobres muchachas!
Lo que os seduce un buen mozo!
Mi intencion no es la más sana,
pero es preciso que yo
de la situacion precaria
de escribiente miserable

sin pararme en medios salga;
que en estos tiempos, teniendo
poca aprension, mucha audacia
y un tanto suelta la lengua,
se llega á cumbres muy altas!
Fortuna ha sido la mia
hoy que la escuela romántica
está en decadencia, hallarme
prosélita tan fanática
como Adela... mas ya viene,
llamo en mi auxilio una lágrima,
el rostro escuálido y triste,
lánguida voz, y á la farsa.

ESCENA VIII.

EL MISMO.—ADELA.

ADELA. Enrique! Oh felicidad!
ENRIQUE. Llegó por fin el momento
de verte, rara beldad,
despues de tanta ansiedad,
despues de tanto tormento.
ADELA. Tanto desde ayer sufriste?
ENRIQUE. Cuando dejan de alumbrarme
tus ojos, me pongo triste.
Podré existir ni encontrarme
donde mi hechizo no existe?
(*En tono lastimero.*)
Ah! no sabes, desdichada,
que está el alma hasta su centro
tan negra... tan magullada...
que cayeras desmayada
si la mirases por dentro?
ADELA. Calla! Qué horror!
ENRIQUE. Sí, penando
sin cesar... y con deleite
voime á la tumba acercando,

pues... ya me voy apagando
como la luz sin aceite!

ADELA. Enrique, miedo me das:
á entristecerme has venido?
Cuando así á mi lado estás
quieres agriar más y más
la desazon que he tenido?

ENRIQUE. (*Asustado.*)
Qué dices? Supieron...

ADELA. No;
mas ya del todo hoy rompí
con don Luis; él se irritó...
y...

ENRIQUE. Acaba!...

ADELA. Me reclamó
la palabra que le dí.

ENRIQUE. Pero tú...

ADELA. Y me lo preguntas!
tu duda cruel me asesina.

ENRIQUE. Sublime mujer! Barruntas
lo que has de ser: ya despuntas
en fabulosa heroina.
Se ensancha tu profesor
al ver discípula tal;
fenómeno de valor!
No fué tan angelical
Lucía de Lamermor.
Genio, energía, grandeza
derramó pródiga en tí
la sábia naturaleza.
Cuánto daria Cubí
por estudiar tu cabeza!
Cuando esto pienso, disfruto
de dicha por un instante:
no es de mi desvelo el fruto
que tan precioso diamante
no se haya quedado... en bruto?
Desarrollé, oh ciencia mia!
tus inmensas facultades
sin saber frenología...
Yo he de ser asombro un dia
de las futuras edades!

ADELA. Oh! Yo te escucho, y te admiro!
Deliro por tí, te adoro,
y al escucharte me inspiro;
que eres, Enrique, el tesoro
por el que ciega suspiro.
ENRIQUE. Bien mio!
ADELA. Ah! Si supiera
mil muertes hallar diciendo
mil veces, lo que hoy digera
á don Luis, lo repitiera
mil y mil veces muriendo!
ENRIQUE. (*Con entusiasmo.*)
Bien!
ADELA. Y que vaya á contar
á mi padre mi respuesta.
ENRIQUE. Eso decir, llegó á osar?
ADELA. Y qué importa?
ENRIQUE. Realizar
pueden union tan funesta.
ADELA. Nunca! La muerte primero!
ENRIQUE. (*Afectando una desesperada melancolía.*)
Víctimas del clasicismo
vamos á ser. Oh hado fiero!
Adela! y si yo me muero
te hundirán en el abismo.
ADELA. Morirte tú! Cuánto mal
me estás haciendo, bien mio!
Mas á catástrofe tal,
tengo arsénico, puñal!...
ENRIQUE. (*Con calor.*)
Yo tengo el canal. . y el rio!
ADELA. Ah! Pero el dolor no mata,
pues yo hace que estoy penando...
ENRIQUE. (*Como que no la oye.*)
La muerte me será grata
porque moriré cantando;
(*Cantando.*)
«Oh bell'alma inamorata!»
ADELA. Ay! por piedad!
ENRIQUE. Y tú irás
á mi tumba, y pimpollitos
en ella derramarás,

y luego recitarás
nuestros versos favoritos:
(*Recitándolos.*)
La tumba, la tumba, la tumba me llama
que está en esa tumba, mi tumba de amor!...
La muerte!... la muerte!... la muerte deseo...
bien sea con veneno, pistola... ó cañon!

ADELA. (*Aterrada.*)
Ah! calla!

ENRIQUE. Tienes razon.
Perdon! Me dejo llevar
de mi triste inspiracion...
(Yo me quisiera largar
y dar á Lola ocasion...)

ADELA. Y resignarse es preciso
pues remedio no se halla:
pues el cielo así lo quiso,
ceda el corazon sumiso...

ENRIQUE. (*Aplicando el oido.*)
Es verdad... mas... tente!... calla.
Preciso será que huya...
Vienen!... ay!... por tí me apuro.

ADELA. Vete!

ENRIQUE. Adios! de ese hombre duro
no serás?

ADELA. (*Con convencimiento.*)
De nadie... ó tuya.

ENRIQUE. (*Afectando ternura.*)
Me lo juras?...

ADELA. Te lo juro!
(*Huyen, cada uno por su puerta respectiva.*)

ESCENA IX.

DOLORES, que sale precipitadamente.

Corro á buscar á don Pablo
y lo que pasa á contarle,
que aún es tiempo de evitar

una terrible catástrofe.
Yo estoy muerta! Voy volando!...
(*Va á salir.*)

ESCENA X.

LA MISMA.—DON LUIS, que sale á su encuentro.

LUIS. Puedes ahorrar el viaje.
DOLORES. (*Dando un grito de asombro.*)
Ah!
LUIS. Qué es eso? no es lo mismo
que sea yo?
DOLORES. Dios me ampare!
Qué susto me ha dado usted!
Mas sí, sí; voy á contarle
lo que sucede, don Luis,
para que pronto se ataje
la desgracia que amenaza
á doña Adela, á su padre,
á usted... á todos, á todos.
Ay Dios mio!
LUIS. Basta: en valde
te cansas: todo lo sé.
DOLORES. Es posible!
LUIS. No te espante.
Oí cuanto aquí pasó,
en esa maldad...
DOLORES. Yo, nunca;
y si un momento los planes
de ese hombre favorecí,
fué porque logró engañarme;
creí que era hombre de bien...
y... perdon!
LUIS. Bien: no se hable
ya de ello más, ahora al grano,
á lo urgente, á lo importante.
DOLORES. Sí, sí; á castigar al pícaro.

Luis. Ahora no; despues.
Dolores. En valde
será si antes de una hora...
Luis. Tú harás lo que yo te mande.
Dolores. Pero...
Luis. No hay pero que valga:
sin perder un solo instante,
vas á decir á la niña
cuanto te mandó ese infame.
Dolores. Pero, señor, yo no alcanzo..
La he de engañar?
Luis. Voto á Sanes!
Dolores. Pero don Luis...
Luis. Don demonio!
Quiere usté hacer y dejarme?
Qué se entiende? La prevengo
que oiga, obedezca, y se calle.
Dolores. Así lo haré: Vírgen santa!
cuál será aquí el desenlace!

ESCENA XI.

LUIS.

Qué tal, qué tal! va saliendo
todo lo que yo temí?
Sin embargo, que llegase
á este punto, no creí.
Malvado! Atrevido osaba
tender este lazo vil
para perder una casa
y á una muchacha infeliz!
Y si no estoy de por medio,
qué hubiera sido de tí
inocente criatura?
Quitémonos, pues, de aquí,
que el héroe, si no me engaño,
muy pronto debe venir.
(*Sale.*)

ESCENA XII.

ADELA, llorando.—DOLORES.

DOLORES. Ya ve usted que es una infamia.
ADELA. De si es cierto estoy dudando.
Oh pena atroz! Oh maldad!
DOLORES. A mí me indignó, y volando
á contárselo he venido
para que usted...
ADELA. Ah! qué daño
les hice para que así
me maltraten?...
DOLORES. Vamos, ánimo.
ADELA. Sobre tí caerá mi sangre,
padre cruel é inhumano!
DOLORES. Lo que debe usted hacer,
señora, es huir.
ADELA. No: en vano
te esfuerzas en persuadirme:
me moriré!
DOLORES. Bien estamos.
ADELA. Y sabe Enrique esta nueva
desgracia?
DOLORES. Toma! Y tardando
está ya en venir: se puso
amarillo y colorado,
verde, y de dos mil colores.
(Cómo la estoy engañando!)
Ya viene aquí: señorita,
valor, decision; cuidado,
que no debe usté olvidar
lo que hay contra usted fraguado.
(Ya cumplí: las consecuencias
me encontrarán en mi cuarto.)

ESCENA XIII.

ADELA, afectada y llorosa.—ENRIQUE, fingiendo hallarse profundamente conmovido.

ADELA. (*Llorando.*)
Dueño adorado!
ENRIQUE. Adela idolatrada!
Ya horrible pena en tu semblante leo:
todo lo sé, y el alma destrozada
viene á decirte que morir me veo.
Si amante anhelas evitar mi muerte,
si mi pasion tu corazon subyuga,
para vencer á la traidora suerte,
un medio queda aún...
ADELA. (*Con ansiedad.*)
Cuál es?
ENRIQUE. La fuga!
ADELA. La fuga.
ENRIQUE. Sí; pues de cristal de roca,
de guijarro y de piedra berroqueña.
tiene tu padre el pecho, á mí me toca
ó salvarte ó morir. Tal es mi enseña!
Escúchame, romántica figura;
yo te enseñé la senda de la gloria,
yo te saqué de la mansion oscura,
centro comun de la social escoria.
Yo te aparté del vulgo femenino,
prosáica multitud que puebla el suelo;
yo hice cambiar tu mísero destino,
y al fin pudiste remontar tu vuelo!
Digna mision la mia! Digno arte,
que logró engrandecerte... y desasnarte!
Bien lo ves: la opresora tiranía
casarte hoy mismo á tu despecho intenta.
Y qué fuera de tí, tórtola mia,
si tranquila aguardases la tormenta?
Entonces ay! desechas se verian

nuestras más halagüeñas ilusiones...
y si á mi lado ayer te sonreian,
víctima fueras hoy... de tiburones!

ADELA. Ay! Calla por piedad!

ENRIQUE. Sí, tu hermosura,
tu juventud, tu amor y tus encantos,
cual flor que bambolea
sin compasion el huracan furioso,
y se pone marchita, sucia y fea,
así te marchitaran,
así de lo ideal te despojaran.
(*De rodillas.*)
Todo dispuesto está: véme á tus plantas
rogándote, que el lúgubre casucho
que oscuridad y duelo nos presenta
abandonemos pronto, y... un falucho,
nos llevará dó exentos de pesares
arrullen nuestro amor ruiseños mares!
Veremos juntos despuntar la aurora,
que verterá sus puros resplandores
sobre tu blanca faz, encantadora,
y exentos de dolores,
iremos á otra tierra bienhechora,
que es mansion pastoril, suelo de amores.
Roque será pastor; Lola pastora;
pastorcitos tú y yo; todos pastores!

ADELA. Oh! qué vida tan bella!

ENRIQUE. Y esta vulgar, no has de dejar por ella?

ADELA. Y has estado tú allí?

ENRIQUE. Que si yo estuve!
Y hubiera estado hasta morirme, creo,
si en mi sér no se hubiera despertado
vivísimo deseo
de tener á mi lado
un objeto de amor y de recreo,
que en mi imaginacion hube creado.
Partamos pues!

ADELA. Partir!

ENRIQUE. Qué te detiene?
valor acaso el corazon no tiene,
y ante el peligro se amilana y trunca?

ADELA. Oh, no! Te adoro con delirio ciego,

cuanto quieras haré... mas eso... nunca!

ENRIQUE. Nunca!

ADELA. Jamás! que mi amoroso padre...

ENRIQUE. Tu padre! calla! Acaso no se ha vuelto
antropófago atroz, cruel, terrible,
queriendo unir un sér de cal y canto
con una niña cándida y sensible
para sembrar el luto y el espanto?
Ay Adela! Si acaso irreflexiva
cedido hubieras á tan vil deseo.
Qué triste porvenir que te aguardaba,
con ese hombre vulgar, prosáico... y feo.
Pero la suerte á mí te reservaba;
y en tanto que yo viva,
conmigo cantarás la *Casta Diva.*
Marchemos!

ADELA. Nunca! Un rapto! Qué osadía!
A crímen tan atroz ceder no puedo;
de tal no soy capaz...

ENRIQUE. Adela mia!
Ignoras que con este rasgo diestro
te pones al nivel de tu maestro?

ADELA. No, Enrique, no iré: si infamemente
quieren sacrificarme, yo tranquila
sucumbiré al dolor que me aniquila;
pero fugarme, de vergüenza escasa,
de un padre atroz, la maldicion llevando,
ah! nunca. Enrique! aunque el amor me abrasa,
lejos de tí me moriré llorando
antes que huir de la paterna casa.

ENRIQUE. (Malo, malo; toquemos otra cuerda.)
—Bien!... pues tú lo deseas... ya no esperes
oh Adela fementida!
foco de ingratitud!... (Bonita frase!)
no esperes, no, que mi valor fracase.
Mis dos ojos, trocados en dos rios,
van á ausentarse... y pues así lo quieres,
oh tú, la mas cruel de las mujeres,
escucha, tiembla, y dénte... calofrios!
Enrique ya de tu rigor se aleja;
y pues hambrienta estás de carne humana,
no exhala ni un murmullo ni una queja.

Cuando escuches sonar por la mañana
el plañidero son de la campana,
eso te advertirá que el mundo deja.

ADELA. Ah no, no, no! detente!

ENRIQUE. Habrá cesado
Enrique de existir, y será solo
un cadáver hediondo!... mutilado!
Porque el arma ha de ser tan ofensiva,
que al cuerpo ha de dejar hecho una criba!
(*Hace que se va.*)

ADELA. Por compasion, Enrique!

ENRIQUE. Adios!

ADELA. Espera!

ENRIQUE. Adios!... Lucrecia Borgia!

ADELA. Vas á hacer que me muera!

ENRIQUE. Me asesinas, más ay! no te maldigo...
Adios por siempre!
(*Se dirige á la puerta.*)

ADELA. (*Haciendo un esfuerzo desesperado.*)
Partiré contigo!

ENRIQUE. Qué has pronunciado?
(*Volviendo presuroso.*)

ADELA. Mi sentencia.

ENRIQUE. Amiga!
Mujer angelical! Dios te bendiga!
(Triunfé.) Vámonos pronto.

ADELA. Sí, partamos.
Pues ya al tuyo está unido mi destino.
ya que por tí arrostré todo en el mundo,
mi desesperacion abra el camino!

ENRIQUE. Marchemos pues!

ADELA. Adios, oh padre mio!
Cuál será tu dolor en lo futuro!

ENRIQUE. No lo creas, mi bien! (Nos detenemos
demasiado.)

ADELA. Pongámonos de hinojos,
y antes que esta mansion abandonemos
nuestra última cancion entonaremos
de llanto henchidos los dolientes ojos.
(*Se arrodillan y cantan á duo.*)

ELL. Pues que los dos nos amamos.

EL. Ay! con entusiasmo ardiente.

EL.	Juntos los dos nos largamos.
ELL.	Tras otro mundo nos vamos.
LOS DOS.	Patria!... Adios!...

ESCENA XIV.

DICHOS.—DON LUIS, que se presenta en el dintel de la puerta.

LUIS. Perfectamente!

ADELA. / ENRIQUE. Ah!

(*Adela huye precipitadamente á su cuarto, Enrique queda en el primer momento estupefacto.*)

ADELA. (*Al salir.*) Maldicion!

ESCENA XV.

DON LUIS.—ENRIQUE.

Momento de silencio; don Luis clavará la vista en el rostro de Enrique, que baja los ojos con aire hipócrita.

LUIS. Caballero!

ENRIQUE. (Nos lucimos! Buena gresca
se va á armar! Tendré descaro.)
Bien! y qué?

LUIS. (*Amenazándole.*) Voto!... Agradezca
que me he propuesto tener
en esta ocasion prudencia.

ENRIQUE. (*Con descaro.*)
Es lo mejor!

LUIS. Miserable!
Y aun alza usted la cabeza!
Y aun habla usted sin que el peso

le abrume de su conciencia!
Sin que se le caiga el rostro
de rubor y de vergüenza.

ENRIQUE. (Audacia, y así me salvo.
Qué situacion! Si supiera!)
—Rubor! vergüenza! Y por qué?

LUIS. Malvado!

ENRIQUE. Tenga la lengua,
que yo soy caballerisimo
y no sufro tanta ofensa.
Cegado por la pasion
más sublime y gigantesca
que conocieron los siglos
desde la de Adan y Eva,
iba á cometer un rapto;
y un rapto, segun mi escuela,
es glorioso, cuando se hace
por salvar á la inocencia!
Abur!

LUIS. Le rompo la crisma,
infame, como se mueva.

ENRIQUE. Mucho que me moveré.
Dispone usted de las cuerdas
de mis músculos? Qué modos!
Qué educacion tan grosera!

LUIS. Y me contengo!

ENRIQUE. Además,
tengo yo que darle cuenta
de mis acciones? Usted,
es algo acaso, de Adela,
mas que un amante humillado?

LUIS. Basta, hombre vil!

ENRIQUE. Yo por fuerza,
no me la llevaba: quiso
ser mia, sublime! enérgica!

LUIS. Por medio de un torpe engaño
digno de usted; que no era
amor lo que le guiaba,
ni ternura: sus ideas
eran robar el dinero
adquirido con nobleza
por un padre... harto insensato,

porque sorprender se deja
por canalla como usted!

ENRIQUE. (Me perdí!) Señor, clemencia!
(*Se arrodilla.*)
(Esa pícara fregona
me ha vendido.) Yo quisiera
que usted comprendiese, en fin,
franquéeme usted la puerta
y... abdico... es decir... renuncio...

LUIS. Alce usted! Si yo quisiera
pudiera hacer, cuando ménos,
que le mandasen á Ceuta,
para que allí propagase
su romántico sistema.

ENRIQUE. Y usted seria capaz?...

LUIS. Capaz, sí, y eso debiera
hacer; pero no, no quiero.

ENRIQUE. Oh sublimidad!

LUIS. No crea.
que lo hago, no, por usted,
sino por la pobre Adela,
su víctima. Evitaré
que lo ocurrido se sepa
y ella tan cándida y pura
se curará.

ENRIQUE. Tal nobleza
es digna de...

LUIS. Usted comprende
tal palabra?... Salga fuera
si no quiere...

ENRIQUE. (Ya salvé,
y no es poco, la pelleja.)
Hombre admirable! Quedad...

ESCENA XVI.

DICHOS.—DON PABLO que entra lleno de agitacion sin reparar en Enrique.

PABLO. Luis!
LUIS. (Cielos!)
ENRIQUE. (Maldito seas!)
PABLO. Infamia! Maldicion! Traicion!
ENRIQUE. (Ay pescuezo!)
LUIS. (Dios me ayude.)
PABLO. Comprados! No hay quien lo dude!
Perdimos la votacion!
Mas en mi furor no vi
á ese jóven... (*A Enrique.*) Perdon...
LUIS. Pablo,
si vienes hecho un venablo,
qué has de ver?...
PABLO. (*Bajo á don Luis.*) Y quién es, dí?
LUIS. (*Alto.*)
Ah! ya! Me preguntas tú
quién es este caballero?
(*Con sorna.*)
Un comerciante extranjero.
ENRIQUE. (Este hombre vale un Perú.)
PABLO. Y á qué viene?
LUIS. Por dinero.
PABLO. Alguna letra, quizás?...
LUIS. Sí, una letra, justamente.
Pues aquí ya está demás.
Pues en moneda corriente...
(*Indicando á Enrique que se marche.*)

ESCENA XVII.

LOS MISMOS.—ADELA.—Despues DOLORES.

ADELA. (*Arrojándose á los piés de don Luis.*)
" Padrino! No puedo más!
LUIS. (*Cortado.*) Ah!
(*Todos se miran unos á otros; momento de confusion.*)
ADELA. Perdon!
PABLO. Qué es esto?
LUIS. Ignoro...
ADELA. Todo lo escuché, don Luis!
LUIS. Pero...
ENRIQUE. (Adios!)
ADELA. Clemencia imploro!
ENRIQUE. (Mi pescuezo está en un tris.)
ADELA. Mi falta purgue mi lloro!
PABLO. Habla, Adela!
ADELA. Que los dos
me perdonen necesito!
Soy tan culpable!
PABLO. Oh! me irrito!
ENRIQUE. (*Al escaparse aprovechando la confusion de los demás.*)
Quédense ustedes con Dios!
ADELA. Ah!
PABLO. Calla!...
DOLORES. Adios, pastorcito!

ESCENA ÚLTIMA.

TODOS, excepto ENRIQUE.

LUIS. Ya se fué! Niña inocente!
ven á mis brazos: yo encono

nunca tuve, y si demente
te obcecaste, felizmente
te has curado, y te perdono.

ADELA. Cuánta generosidad!
(*A don Pablo.*)
Papá, él es mi salvador:
hoy de la más ruin maldad...

PABLO. Cómo me haceis el favor
de explicarme...

ADELA. Su bondad?...

PABLO. Qué bondad? Qué hay aquí hoy?
Se deshizo el matrimonio?

LUIS. Ah!

ADELA. Calla! Segura estoy
que digna de usted no soy...

PABLO. Me está llevando el demonio.

LUIS. Qué has dicho, Adela? Mi esposa
serias con gusto, ó sueño?

ADELA. Oh! nadie más orgullosa,
más ufana, más dichosa,
si poseyese tal dueño!

LUIS. Mis brazos!...

ADELA. (*Abrazándole.*)
Sí.

PABLO. (*Frotándose las manos.*)
Comprendiendo
voy el asunto...

LUIS. No; nada
comprendes.

PABLO. Sí; voy cayendo
en que es...

LUIS. El qué?

PABLO. Una bobada.
Siempre las estais haciendo!

LUIS. Sí: y te lo voy á contar
dentro de pocos instantes:
pero no quiero empezar
hasta preguntarte antes...

PABLO. (*Con curiosidad.*)
Qué me quieres preguntar?

LUIS. Dime, Pablito querido;
tú sabes ser padre?

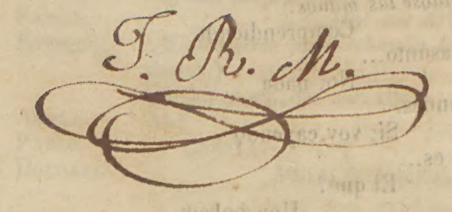
PABLO. (*Admirado.*) Sí.

LUIS. Sí? Pues hoy, yo, convencido
que serlo nunca has sabido:
lo tuve que ser por tí.

PABLO. (*Con extrañeza.*)
No entiendo...

LUIS. (*Poniendo una mano en el hombro de don Pablo, y señalando con la otra el corazon de Adela.*)
Aunque el corazon
esté de inocencia lleno,
hay que darle direccion...
Pues sin esta precaucion
No siempre lo bueno es bueno.

FIN DE LA COMEDIA.



GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.

Madrid 15 de Marzo de 1853.

MELCHOR ORDOÑEZ.

El oficialito.
Ataque y defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un hidalgo aragonés.
Un verdadero hombre de bien.
La esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La estudiantina.
La escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y desengaños.
La amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su mujer.
La ley Sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!
La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el albañil.
María y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá...
Juan el tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La mula de mi doctor.
A los piés de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un fusil del Dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Alí-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, *loa*.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco piés y tres pulgadas.
A la córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.
El aguador y el misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.

Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria, *loa*.
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El tio Zaratan.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las jorobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero
¡Estrupicios por amor!
Mi media naranja.
Un ente singular!
Juan el perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton!... y soy dichosa.
El premio de la virtud.
Sombra, fantasma y mujer.
Cuerpo y sombra.
Un angel tutelar.
El turron de Noche-buena.
La casa deshabitada.
Un contrabando.
El retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

¡Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
Hay dé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El campamento.
Por seguir á una mujer.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de don Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.
El sacristan de San Lor
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por ag
La venganza de Alifon
El suicidio de Rosa.
La Pradera del Canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende,
piano y canto.

ADVERTENCIA.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja prop cionada á la importancia del pedido.